

MENCIÓN ESPECIAL A.D.R. (CATEGORÍA COMARCAL JUVENIL)
I CERTAMEN DE RELATOS “VILLA DE CABRA DEL SANTO CRISTO”

DE ÉBANO Y PINO
Aquellos días naranjas

José Alberto Arias Pereira

La piedra se hundió poco a poco. Cuando las ondas desaparecieron, Lucía pudo ver un pez curioso que se acercó hasta que el guijarro tocó fondo, levantando un pequeño borrón de arena. Buscó otra piedra lisa y delgada, la tomó con la mano izquierda y la lanzó, haciendo que bailara sobre el agua dando uno, dos, tres y hasta cuatro botes. El espíritu del mar llenó sus pulmones con una mezcla de salitre y aire frío, Lucía cerró los ojos y unas manos ásperas cubrieron la mitad de su cabeza impidiéndole ver nuevamente.

- Adivina quién soy -preguntó la voz del chico.

- Marco, déjame -repuso ella con tono cariñoso. -No hay demasiados tontos con las manos tan grandes en este pueblo.

Marco apartó las manos y ella se volvió, deleitándose con el rostro de su amigo. Pelado a un tazón irregular, ojos azules y con ropa ancha de deporte tenía los rasgos italianos de sus padres. Se sentó junto a ella y le pasó el brazo por el hombro.

- ¿Esta noche también? -preguntó el.

- Me encanta. No me perderé una puesta en mi vida. Es algo tan sencillo que resulta demasiado hermoso como para perdermelo un día. Mira los barcos.

Lucía señaló con el dedo a varios pesqueros de pequeña envergadura que se veían negros con el contraluz provocado por el sol naranja. Varias barcas cercanas a la playa también hacían un intento por pescar algo tirando de pequeñas redes. Lucía amaba ese lugar, el poder subir cada día al peñón y colarse por el recoveco que le ofrecía la naturaleza. Se había convertido en su lugar.

- ¡Ya está en la cruz! -exclamó la joven, movida por los buenos recuerdos que la imagen le aportaba.

En uno de los salientes del peñón sobresalía una cruz de metal, oxidada por el tiempo y la humedad, en honor a un hombre del faro. El sol proyectaba la forma de la cruz y dibujaba su silueta del mismo modo que las de los barcos, pero el entrante del peñón en el que se reunían Lucía y Marco ofrecía una visión mágica. Llegaba una de las últimas horas de la

tarde en la que la cruz se veía justo en el centro de la naranja formada en el cielo, y parecía que la figura metálica estaba enmarcada por una aureola eterna y poderosa.

- No debiste contarme la historia del farero. Sabrás que sigo teniendo pesadillas gracias a tu historia.

Lucía no respondió; formaba parte de ese ritual. La imagen, los cuerpos apoyados el uno en el otro, el comentario y los cantos de sirena. Marco tomó la mano de Lucía y se la llevó al pecho ardiente bajo la camisa fina, y ella hizo lo propio con la mano de su joven amigo. Luego cerraron los ojos e imaginaron que los sonidos que los envolvían, distantes, marítimos, eran los cantos de las sirenas que vivían en la base de los acantilados, bajo el agua salobre. Abrieron los ojos y observaron cómo el sol huía, ante la llegada irremediable de la luna. Cuando la última cuña naranja desapareció sin prisa, Lucía y Marco se cogieron de la mano y apretaron ansiando ver su secreto.

En el saliente superior, junto al de la cruz, una silueta humana salió de las sombras y con mirada altiva estudió la noche joven. Extendió la mirada a lo largo y ancho del mar, y después asintió para sí. Vestía una chaqueta larga de marinero y un gorro oscuro. Se llevó la pipa a los labios y aspiró con una larga calada para después esbozar una nube de humo azul en el aire. Giró la cabeza, los miró y se volvió a retirar.

- ¿Aún crees que se trata de un fantasma?

- Sí. ¿Tú?

- También.

- Pronto me iré de aquí -anunció Lucía. -Cuando termine el verano me mudaré a la ciudad a estudiar.

Marco cogió una piedra con la cabeza gacha y la tiró al agua. Se hundió directamente, como los sentimientos del muchacho.

- Genial -señaló. -No tienes por qué.

- Sabes que no puedo hacer otra cosa -se excusó ella con restos de culpa en la voz.

- Por eso te quiero proponer una cosa antes de que pasen estos días.

- Soy todo oídos, Morenita.

- Ahí va, Grumetito -atacó ella con el apodo de Marco. -Quiero que averigüemos el secreto del farero, o al menos que nos atrevamos a acercarnos un día de estos.

Una nube se alejó ofreciendo el brillo de la luna como única respuesta.

Dos semanas más tarde los jóvenes estaban sentados en el mismo lugar. Durante esos días intermedios habían estudiado el camino más fácil para acceder al 'saliente donde se aparecía el hombre de la pipa todos los atardeceres. El sol se puso con la misma lentitud que el resto de los días, aunque más temprano que la tarde de antes, como anunciando que el verano se esfumaba, que a Lucía le quedaba poco tiempo en el lugar. Sonó la sirena de un barco perdiéndose en la infinidad del océano, y la forma oscura avanzó desde su lugar habitual. Antes de que diera su calada, Lucía y Marco emprendieron la búsqueda para desve-

lar el secreto. Subieron por las piedras trepando como cabras monteses, vieron la cruz en toda su plenitud y el saliente que buscaban.

Las rocas que los envolvían estaban llenas de gaviotas quietas con pequeños ojos como agujas brillando en la oscuridad de las sombras. De repente se quedaron quietos, atados por una fuerza superior que les impedía avanzar. El hombre estaba justo delante de ellos dándoles la espalda. Parecía buscar algo, tal vez a ellos. Se volvió y los ignoró, tomó un sendero peligroso a su derecha y avanzó. Marco podía sentir las uñas de Lucía en su brazo, presionando por la parálisis, pero aflojó y caminó dejándolo atrás. El chaquetón del farero se perdió tras los peñascos. Cuando la joven intentó seguir su camino todas las gaviotas se levantaron a la vez, volando sin dirección en un sortilegio de graznidos, excrementos y plumas sueltas. Lucía cayó sobre Marco y esperaron a que los pájaros se volvieran a calmar. Ambos temblaban.

Se adelantaron con cuidado y Lucía soltó un grito. No había nadie, ni nada. El camino se cortaba inevitablemente tras girar, ofreciéndoles una vista de al menos quince metros de altura. Abajo, las olas rompían sin violencia pero aterradoras por la espuma sobre la roca. La caída era mortal. Buscaron alguna salida posible, pero la única pared que había en el saliente era totalmente lisa y demasiado alta. Marco asomó la cabeza aferrándose al suelo, pero no había nada. Era imposible que hubiera desaparecido.

- Se ha esfumado -anunció con voz de ultratumba.
- Vamos.
- Sigo enamorado de tu piel de chocolate -bromeó Marco.
- No me lo recuerdes.

Al día siguiente ambos recordaban lo sucedido aunque ninguno se atrevía a hablar de ello. Parecía un sueño, una invención dual. Y llevaban tantos años creyendo en ese fantasma que ahora parecía algo corriente y usual.

- Huyó de alguna manera. No me creo el rollo del fantasma.
- Marco, no empieces otra vez, por favor. Ambos lo vimos.
- Era de noche.
- Por eso. Pudimos ver cualquier cosa -puntuó ella.

Marco la miró a los ojos y sonrió. Después se puso rojo y comenzó con las carcajadas. Sus espasmos lo obligaron a tumbarse en la arena.

- Venga. ¿De qué te ríes ahora?
- Me he acordado de la primera vez que te vi. Tan pequeñita y chatita -tomó aire.
- ¡Parecías tan madura!
- Tú no has cambiado. Sigues siendo el mismo niño chico -objetó ella.

El muchacho se serenó y le preguntó:

- ¿Lo recuerdas?
- Cómo no. Era un día azul.

Un día azul

El niño se acercó curioso caminando por la arena blanca. La niña era negra y vestía un bañador rosa chicle, jugando con un cubo y varias palas de todos los tamaños y colores.

Él se puso junto a un castillo de arena ensombreciendo el rostro de la pequeña.

- ¿Cómo te llamas? -preguntó.

- Lucía.

La niña lo miró por un momento como si examinara a un insecto extraño, aunque volvió a centrar su atención en el cubo en cuestión de segundos.

- ¡Qué extraño! -exclamó él

- Lucía no es extraño -repuso ella.

- Pero tú no eres blanca. Eres... -meditó por un momento -marrón.

- Negra -rectificó Lucía.

- Eso. Yo me llamo Marco. Mis padres son italianos y yo soy guineano.

Lucía rió sin ocultar su sorpresa. ¡Ese niño le tomaba el pelo! Pero hablaba *raro*, eso saltaba a la vista.

- Yo soy española, pero mis padres son de Angola.

Marco saludó con la mano a su madre, tumbada en una silla con una pamea extravagante. Ya de por sí blanca, la crema en los pómulos y nariz exageraba su aspecto. El niño tenía en la mano una caracola veteadas de marrón, muy grande y brillante.

- ¿Puedo jugar? -preguntó tímidamente.

- Coge una pala y trae agua -ordenó Lucía. Su piel negra resplandecía con el sol cegador en lo más alto del cielo.

Ese día de septiembre el agua era, al igual que el cielo, de un tono azul vivo, casi metálico por la ausencia de olas y la refulgencia del sol blanco. Marco trajo agua y la echó en la arena. Lucía no tardó en llenar el cubo de arena húmeda, y cuando le dio la vuelta salió una torre perfecta.

- Me recuerda al faro -comentó ella.

- ¿Cuál?

- Ése de allí -indicó Lucía con su dedo arenoso.

En la zona superior del peñón destacaba un faro blanco con líneas verticales de color rojo. Bajo éste sólo existía un gran montón de acantilados irregulares.

- Antes había un hombre, el farero, que encendía y apagaba la luz, pero ahora lo hace un «robó».

- ¿Qué es un «robó»? -articuló Marco.

-Ah, es una máquina para que los faros se enciendan y apaguen sin farero. Me lo contó el hombre del quiosco de palomitas.

-¿Por qué se fue el farero?

-Dicen que está en el cielo. También me lo ha dicho el de las palomitas. Te contaré una cosa si no se la dices a nadie más. Júralo.

Marco formó una cruz con los dedos índices y la besó tres veces hasta que Lucía la destrozó con su mano.

-El farero se murió un día de olas. Desapareció, pero su fantasma aparece todos los días en el peñón.

El niño abrió la boca y los ojos de par en par. ¿Por qué le contaba eso? Ahora se asustaría por las noches.

-No me lo creo -repuso con tono valiente. -Es una historia para asustar a las niñas como tú.

Marco se sentó, cogió la caracola y se la acercó al oído. Cerró los ojos y permaneció concentrado durante un buen rato con media sonrisa dibujada en el rostro.

-¿Qué haces? -tuvo que preguntar Lucía, ya aburrida de observarlo.

-Oigo el mar. Aquí se encierra el ruido de las olas.

- Yo oigo los cantos de las sirenas. Si quieres puedo enseñártelos -propuso con cara de sabihonda.

-¡Sí!

Lucía cerró los ojos y Marco hizo lo propio. Puso su mano en el pecho desnudo de su nuevo amigo y colocó la de él sobre su bañador.

-Escucha.

Marco se concentró con el corazón a galope por sentir el de la niña bajo su mano derecha. Ella abrió un ojo y de repente juntó sus labios con los de él.

-¿Qué haces? -preguntó Marco tan colorado como su bañador.

-¿Los has oído? Los cantos de sirena -añadió al ver el desconcierto en los rasgos de Marco.

-Mmmm... sí -afirmó, aunque no sonó convencido.

-¿Por qué has venido de tu país?

-Mis padres quieren que yo viva aquí. En Guinea es muy difícil para los mayores poder vivir, y conocen gente de aquí. Todos los mayores blancos en Guinea son de España.

-¿Y te vas a quedar?

-Sí. Ya tengo casa aquí. Tú también eres de Guinea -indicó con total convicción.

-Que te he dicho que soy de España y mis padres de Angola. Yo, desde que me acuerdo soy de aquí.

- Vale. Ve a por más agua.

La tarde azul voló como si toda la playa se hubiera filtrado por un reloj de arena gigantesco. Los pescadores ya estaban sacando las barcas. El padre de Lucía llegó en una barca junto a otros dos hombres. Era negro como el tizón. Los niños se detuvieron ante la embarcación embelesados con la pintura desconchada y madera agrietada por las embestidas de las olas. El mar tardó poco en llenarse de pesqueros de todas las dimensiones, y el sol comenzó a cansarse del día. Parecía que cuanto más azules eran los días, más agotado acababa el astro rey.

-Ven al peñón conmigo. Rápido -propuso Lucía.

Marco corrió a pedirle permiso a su madre. Ésta fijó la mirada en la niña negra que esperaba un sí por respuesta, de modo que accedió a la petición de su hijo.

Corrieron hacia el peñón dejando huellas que borrar a las olas y Lucía lo condujo por un sendero en la piedra hasta llegar a un recoveco acogedor en la base del montículo. El día azul ya había dado paso a un atardecer naranja.

-Te voy a enseñar algo mágico, pero es un secreto porque me has caído bien comentó Lucía, entusiasmada aún por su reciente descubrimiento.

Se cogieron de la mano y fueron testigos del embrujo del peñón por primera vez.

Ese día azul daría lugar a otros muchos días naranjas de magia y amistad.

Días grises

La barca avanzó hacia la costa entre tumbos desiguales, intentando zafarse de las garras de las olas. Dos figuras emergían de la madera como espectros de una historia de terror, pero la mujer reconoció a uno de ellos antes siquiera de que la forma tomara color.

Corrió hacia el agua, dejó las sandalias en el camino y hundió los pies en la espuma.

-Mi Grumetito, ven aquí!

Un hombre saltó de la embarcación y avanzó medio a nado medio a saltos hasta alcanzar a la mujer.

-¡No me lo puedo creer! ¿Eres tú de veras, Lucía? -preguntó a la vez que se fundía en un abrazo con ella.

Se miraron a la cara con lágrimas en los ojos y se estremecieron al tenerse cerca de nuevo tras quince años de distancia insalvable. Marco recorrió el rostro oscuro de la que ya era una mujer con sus dedos oscuros limpiando sus lágrimas. Ella se limitó a sonreír. Otros pescadores observaban la escena mordidos por la curiosidad del encuentro. Algunos de ellos reconocieron en los ojos de Lucía a la niña que años atrás pasaba las tardes jugando en

la arena de la playa. «¡Hola, Morenita! ¡Lucía, pero tú por aquí!», saludaban algunos, y la mujer no tenía ojos más que para Marco.

Esa tarde no había faena. El mar estaba revuelto y la pesca era difícil y arriesgada, aunque el empecinamiento de los marineros los había obligado a intentar al menos pescar algo. Las nubes se arrebujaban en el cielo amenazando una tormenta que no se atrevía a descargar su furia, y el sol permanecía abrigado tras la capa gris marengo. El oleaje y el brillo opaco del cielo creaban un mar plateado como una lámina arrugada de papel de aluminio. Los pescadores se afanaban en amarrar las barcas para que no fueran víctimas de las continuas sacudidas.

Lucía y Marco se alejaron de los muelles hablando de tantas cosas, dirigiéndose casi sin querer al lugar que constituía, en gran parte, la base de su amistad.

El entrante en el peñón seguía igual que siempre, pero daba la impresión de ser un amigo que con el tiempo había adoptado un aspecto desaliñado. Algunas telarañas resplandecían en las rocas del fondo, y en el suelo esperaba la caracola de la primera vez, pero ahora su sonido era hueco por un pequeño agujero. Un par de colillas completaba la estampa del lugar. El hombre y la mujer se sentaron.

-¡Pero qué pequeño es esto! -exclamó Lucía en un tono de desconcierto propio de la embriaguez.

Marco no respondió. Su semblante era serio y hasta cierto punto dolido.

-Me divorcié hace seis meses y desde entonces pensaba en regresar. Mis padres no quisieron venir; ahora están tan a gusto que no hay quien los mueva de su casa. ¿Y qué tal te fue a ti? Veo que dejaste los estudios.

El hombre ni se inmutó. Su mirada pendía de un hilo invisible que lo obligaba a fijar la vista en el suelo. Su respiración era fuerte, pero ni una palabra salió de su boca.

Lucía lo miró con desconsuelo; sus esfuerzos por regresar a aquellas memorables tardes naranjas resultaban vanos. La frivolidad de su modo de recomenzar esa amistad le obligó a pensar hasta qué punto había herido a su amigo.

-No te despediste.

Ella calló.-La tarde siguiente vine aquí y me quedé esperando hasta bien entrada la noche.

Vi el sol naranja perderse tras la cruz, vi al farero, pero tú no estabas. Pensé que algo malo te había ocurrido. Volví al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente... y así hasta que supe que no volverías -concluyó Marco con un nudo en la garganta que le oprimía también el pecho. Dos lágrimas pugnaban por no derramarse del límite de sus pestañas negras.

Lucía no negaba ese llanto de desahogo, esas lágrimas transparentes que abrazaban sus pómulos de café hasta adentrarse por la rendija de su boca. Se llevó las manos al cabello de alabastro y respiró hondo.

-Nunca me han gustado las despedidas. No sabes lo difícil que resulta la vida ahí fuera para una negra. En el pueblo me conocían, yo era una más de ellos, como mis compañeros

de colegio, como los hijos de los pescadores, los agricultores o como tú. Y llevo quince putos años intentando que la gente no me mire de mala manera, pero es imposible. En la ciudad no pasan de todo, qué va, ojalá fuera así. Me casé con un español buscando en él tal vez al amigo que añoraba

-¿Te pega? -preguntó Marco.

-Yo estoy..

-¡Joder, no me vengas con el cuento de que estás divorciada! ¿Crees que el maquillaje puede ocultar la hinchazón de tu ojo? ¿Te ha pegado?

Lucía asintió en silencio.

-Hijo de puta. -Marco sentía arder en él el odio hacia una persona a la que ni si quiera conocía. -Lo siento.

La abrazó mientras ella se desahogaba sobre su pecho. Hacía frío, pero la presencia de ambos era reconfortante. Pasó el tiempo así, con su silencio pensante roto únicamente por las olas al chocar contra el acantilado. Antes de que se dieran cuenta la noche se les había venido, pero el atardecer no fue como aquellos de antaño, sino frío por su sordidez en colores.

Observaron la cruz desde su posición privilegiada y esperaron a que el farero hiciera su aparición puntual. En esa oscuridad temprana salió el hombre junto a la cruz con su chaqueta larga y su gorro oscuro. El tiempo no había pasado para él. Se llevaron las manos contrarias a sus pechos y oyeron los cantos de sirena más fuertes que nunca, como si las criaturas emergieran de su letargo submarino a merced de las olas y gritaran clamando a Neptuno piedad. El hombre del faro dio una calada a su pipa, y cuando parecía que se iba a su encierro particular se volvió nuevamente espíandolos desde su posición aventajada. El humo ocultaba su rostro anudado por momentos, pero sus ojos seguían centrados en la pareja. Vacío la pipa y desapareció.

-¿Crees que él conoce realmente nuestra existencia? -preguntó Lucía.

-Nos observa, nos añora.

-Guardo un vago recuerdo del día que decidimos seguirlo. Fue un sueño, ¿no?

-Fue real -declaró Marco sumido en una tranquilidad inquietante. -Está muerto y todos los días hace lo mismo, como si fuera su razón de ser. Tú me lo mostraste.

-En un día azul. Qué lejano queda aquello.

-Siempre me quedó la duda, una espinita clavada por no saber cuál es su secreto.

Cuando te fuiste dejé de venir aquí. -Encendió un cigarro y tragó el humo lentamente para volver a expulsarlo por la nariz. -Tal vez ya es la hora de que busquemos en el origen de su historia. ¿Una calada?

-Uufff, lo he dejado. -Lucía tomó el cigarro. -Así como unas treinta veces.

¿Dónde quieres que busquemos?

-No sé. Supongo que en el faro. Si vivió allí, algo tiene que haber. La oscuridad total se cernió sobre el peñón, más aún en ese entrante en la roca.

La única luz era el fuego del pitillo y el humo azulado que se contoneaba en el aire. El faro se encendió perforando la negrura, clavándose con precisión hasta chocar con la pared acuosa del mar, donde se difuminó en miles de pequeñas ramas.

-Vayamos ahora -propuso Marco como activado por un resorte. -A estas horas el faro está vacío, y su luz nos guiará mejor que otro camino. Por los viejos tiempos.

-Apaga ese cigarro.

Tardaron poco en llegar al pie del faro. Una vez allí, la visión del edificio imponía por su altura y firmeza. Los adoquines blancos y rojos tenían aspecto rugoso y desgastado por la acción de la humedad, y la puerta de metal estaba oxidada en el exterior. Entraron sin problemas; al no haber nada valioso en el interior, la seguridad se reducía a nada. En la parte de abajo una máquina impresionante emitía un rugido amortiguado por los ataques de las olas y el viento. Subieron una escalera de caracol hasta llegar arriba, a una planta redonda dividida en dos partes desiguales: una de ellas daba al origen de la luz, y la otra a una habitación pequeña. Lucía y Marco intentaron abrir, pero esa puerta sí que estaba cerrada a cal y canto. El hombre la forzó hasta que la madera crujió y pudieron entrar. El interior parecía contener una reminiscencia básica, un portal en el espacio-tiempo que reportaba a la vida completa de una persona. Un reloj de péndulo parado coronaba la pared frontal, y el resto del mobiliario lo componía una cama, una silla y una mesa. Lucía avanzó poco a poco, con miedo a que algo le sucediera a ese contexto embrujado, hasta la mesa. Se sentó en la silla y palpó en la parte baja de la tabla del escritorio hasta dar con lo que buscaba: un cajón.

-¿Hay algo? -preguntó Marco impaciente.

Lucía sacó el cajón, quitó algunas conchas preciosas, cristalinas con formas extrañas y una pluma de gaviota. El tesoro estaba ahí: un cuaderno de hojas amarillentas escrito en su totalidad con una letra aguda y ágil. El diario del farero.

-Es su diario.

-¿Crees que contará algo importante, algo que nos dé una explicación convincente? -inquirió Marco con la imaginación galopando por el deseo de que así fuera.

- Tal vez. O tal vez no.

-Busca el final.

-¿Crees que está bien? Lo de leer sus pensamientos, sus ideas, lo que sentía en su fuero interno. ¿Y si lo escondió para que nadie lo encontrara?

-¿Y si nadie conoce jamás su historia? Lucía, no dudes más. Es nuestra oportunidad para saber el por qué de sus encuentros.

-Podríamos contar su historia y desvelar su verdad. No creo que una cruz en el peñón le haga justicia. Quiero saber *el* por qué.

Marco se apoyó en el hombro de Lucía a la vez que ella abría el cuaderno.

-Se llamaba Sebastián Mayor -informó ella.

Comenzaron a leer la vida del farero, cómo había llegado a ese pueblo costero para ocuparse del faro, cómo los días pasaban con una reiteración imperiosa, cómo había decidido hacer lo que hizo...

La noche descubrió a los amigos envueltos en una historia de sentimientos contradictorios, como los suyos. El hombre del faro había plasmado su vida en apenas cien páginas de un cuaderno antiguo, y ellos sentían que sus vidas también podrían resumirse en bastante menos, en tres encuentros cargados de tensión imperceptible aunque claramente existente. Sentían que el transcurso de los días dependía del color de éstos, y que dichos colores marcarían sus destinos al igual que los tonos de su piel, su mutua complicidad y pureza para con el otro.

Lo que quedaba por ver era en qué derivarían esos días grises. Mientras tanto, esa noche era lo que necesitaban para volver a encaminar sus vidas. Una ráfaga de viento besó a la superficie del mar y el agua se elevó escandalizada formando una ola que creció por el ansia de llegar al final de su camino. La ola halló en el peñón al acantilado soñado y se abalanzó sobre él en una fiesta de espuma y burbujas.

El hombre del faro

El cajón del escritorio se cerró escondiendo su tesoro y el hombre del faro se desperezó.

Como todos los días desde hacía cincuenta años comprobó que la luz funcionara a la hora del encendido, y una vez hecho esto se abrigó y cogió su gorro de marinero. Con la pipa en los labios abandonó el faro y se dirigió al lugar donde se dejó caer medio siglo atrás.

En el saliente contiguo existía una cruz en su recuerdo. Observó el mar, el día gris y dio una calada a la pipa. Se volvió y encontró en *su* sitio a la extraña pareja que todos los días veía al atardecer. Durante un tiempo habían dejado de venir, pero volvían de nuevo. El farero amaba las maderas, era un experto desde que en su juventud viajara en un barco maderero por el mundo, y la pareja recordaba a una talla bien acabada. Ella de ébano, él de pino. Apartó la vista y se giró ante el acantilado infinito. Una gaviota descansaba en su gorro. Las olas chocaban con violencia y el día era gris, como cuando trajeron la máquina del faro. «El farero ya no es necesario», había pensado. De todos modos ya era viejo, y un viejo no tenía nada que aportar a ese mundo que en poco tiempo estaría controlado por las máquinas, inventos del diablo. Había abandonado el faro, había huido y había acabado con todo. Ese recuerdo lo obligó a saltar como hacía cincuenta años, cuando se fundió por primera vez en la oscuridad marina.